

Michel J. Sentis

Rearme Moral
Iniciativas de Cambio

ELECCIÓN DE VIDA

Únete a los Artesanos
de la Paz

Del mismo autor:

*Este mundo que Dios puso en nuestras manos,
en colaboración con Charles Piguet, prefacio del
cardenal Frans König, Le Centurion, París 1979*

*The World at a turning
(Versión inglesa de la misma obra)
Grosvenor, Londres, 1982*

*Acompañando a Robert Schuman
(1953-1963)
en casa del autor, Le Tinaille,
F 71960 Prissé, 1990*

AL LECTOR DESCONOCIDO

Rearme Moral, Iniciativas de Cambio, los dos títulos que encabezan este pequeño libro han marcado el itinerario de mi vida, al igual que han definido, desde hace tiempo, el camino de miles de personas, jóvenes y mayores, en el mundo entero. Si estos hombres y mujeres siguen perseverando, estas palabras quedarán grabadas también a lo largo de este siglo XXI.

3

Es lo mínimo que podemos esperar, porque detrás de estos términos hay realidades más tangibles que han ido apareciendo en muchísimos países, a lo largo de los dos últimos sesenta años del siglo pasado; realidades que tienen por nombre: reconciliación, generosidad, transparencia, honestidad, amor, dignidad, justicia....

Multiplicar los ejemplos para ilustrar mi propósito me conduciría a describir casos concretos, muy alentadores por cierto, pero que me harían correr el riesgo de pasar de largo frente a lo que ha sido el secreto dinamismo de estas acciones.

Desde mi ventana mi mirada abarca los viñedos que me explican la abundante

4

producción vinícola de Borgoña. Pero, mi vecino, que ha venido a trabajar, más de veinte veces al año, para podar, atar, desyerbar, fumigar, aflojar la tierra, renovar las plantas viejas, recoger la cosecha y hacer la vendimia... encontraría con toda razón un poco somera mi "explicación", porque él sabe que el vino es el fruto de su esfuerzo. Hablando con él, desde el otro lado de la cerca que separa nuestros jardines, tomé conciencia de la dimensión humana de este vino.

He aquí la dificultad: ¿Cómo hacer perceptible para otros y para mí mismo la dimensión humana de la paz, cuando miles de personas son los artesanos que la construyen? ¿Cómo poder seguir a cada persona en su caminar por la vida? ¿Qué la habrá impulsado a escaparse del peso de los odios y de las venganzas, para colocarse en la órbita de la paz?

Al escribir estas líneas, mi pensamiento va hacia aquellos lectores desconocidos que las leerán por primera vez y me pongo a pensar en su propio caminar por la vida, el que sólo

ellos mismos bien conocen y que le pertenece sólo a él o a ella. Quisiera poderlos invitar a mirar con nuevos ojos el camino que han recorrido hasta ahora, mientras yo ensayo a hacer lo mismo con el mío. Ya que nuestros caminos se han entrecruzado, los saludo y los invito a que recorramos un trecho, el uno al lado del otro. Ya veremos hasta dónde podremos progresar juntos.

Nos separaremos, pero lo más probable es que volvamos a encontrarnos porque, al fin de cuentas, en este mundo, hay sólo un gran camino por el que progresa una buena parte de la humanidad; algunos tendrán mas energías y nos dejarán atrás, pero todos marcharemos por el mismo camino. No sabemos adónde nos conduce, no sabemos por dónde pasa porque sólo avanzando, se descubre.

Puesto que vamos a caminar juntos a lo largo de estas pocas páginas, yo te saludo.

Michel Sentis.

CAMBIO DE RUMBO

6 Para comenzar este capítulo, lo primero que tengo que hacer es presentarme: ¿Quién soy?

Soy francés, tengo 22 años, estoy terminando mis estudios. Estoy impaciente por lanzarme a la vida; como mis estudios me alejan de su realidad, ya comienzan a aburrirme. Si los termino, es para obtener un diploma que me permita conseguir un empleo y así mostrar de lo que me siento capaz. Estoy prendado de mi libertad. El "éxito" me parece la única forma de escapar de posiciones subalternas y de conquistar mi independencia. Veo la vida como una competencia y, ¡uno no compite a menos de que sueñe con estar en el pelotón que va a la cabeza!

Sí. Tener éxito; pero, ¿qué éxito? Sobre este punto mis ideas están un poco confusas: ¿éxito en la vida familiar? (buena esposa, muchos hijos); ¿éxito en la vida profesional? (mi carrera); ¿éxito social? (dejar un nombre trás de mí)... Una vez, en un viaje a Inglaterra, me

hospedé durante un fin de semana en casa de unos jóvenes que me invitaron a hacer un alto en el camino; a detenerme para dejar de correr detrás de las quimeras de la vida y hacer silencio dentro de mí para mirar con lucidez en dónde me encontraba.

7

Silencio del que, en realidad, siempre había huído. Comenzaron a aparecer en mi mente pensamientos un poco desagradables. Los escribí para volver sobre ellos más tarde. El hombre que descubro en mí no es aquél que imagino ser: Hay un abismo entre los dos. Abismo creado por mi miedo a mirarme de frente. Estoy demasiado fascinado por el personaje que me esfuerzo en mostrar a los que me rodean. ¡Me he construido un ídolo del que llevo el disfraz!

Me sorprende al descubrir que soy incapaz de cumplir un propósito. Vienen a mi mente las incontables decisiones de los lunes por la mañana, cuando después de un fin de semana de alocadas distracciones, juraba que me pondría a estudiar muy seriamente..... Lastimosamente estas sensatas resoluciones son olvidadas esa misma

tarde al recibir una invitación para una partida de cartas.

8 Sueño con mi independencia y sin embargo, me descubro prisionero. ¿Pero, de quién? De mí mismo. Los grilletes que me atan me los he puesto yo mismo. Hecho una mirada escéptica al mundo, porque he matado en mí la fe de que sea posible salir del atolladero en el que me encuentro atrapado.

Me encuentro en una encrucijada: o continuo con mi vida de ambiciones, ilusiones y decepciones como hasta ahora o rompo con este pasado. Escribo esta simple frase: "Has matado la confianza en tí mismo, ya no te crees capaz de sostener una decisión. Toma una en un campo en el que nunca lo hayas hecho: deja de fumar".

Este instante de verdad fue un punto de partida porque me mantuve en esta decisión, así de minúscula como parezca, y no sin haber tenido una o dos grandes tentaciones de abandonarla. Sí. Un punto de partida, pero ¿hacia dónde? No tenía ni la menor idea. Sin embargo, era un camino de verdad el que yo acababa de descubrir. Sabía

que seguía siendo un ser débil, incapaz de tener para siempre la constancia necesaria para continuar, pero había aprendido dónde podía recuperarla de nuevo en cualquier momento. Porque en el silencio era posible reunirme con ese guía que me conduciría por aquel camino de verdad.

Bien pronto me di cuenta de que yo necesitaba mirar de la misma manera lúcida las motivaciones que me habían impulsado hasta ese momento. Detrás de una falsa humildad, yo disimulaba ante mis compañeros y también ante mí mismo, una ambición feroz: sed de poder, sed de popularidad que me hacía pisotear los sentimientos de ciertas personas y sentir grandes frustraciones, cada vez que la realidad de la vida convertía en mentiras mis esperanzas. Tomé conciencia de que yo existía para estar al servicio de mí mismo. No sabía para dónde iba porque la finalidad de mi vida era yo: ¡Quería por encima de todo alcanzar mi propia grandeza!

Presentí que tal vez podría desembocar en una vida coherente por la que me sentía muy atraído. Pero, ¿por dónde

10

comenzar? Un amigo me dijo: "Empieza por poner orden en tu vida." Me propuso 4 lineamientos para examinar mi pasado: honestidad, pureza, despreocupación de mí mismo o desprendimiento y amor. Todas estas palabras, eco de la herencia religiosa que yo había recibido, habían perdido poco a poco su poder sobre mí porque yo las había dejado enmohecer para hacer callar el llamado de mi conciencia. "Todo el mundo lo hace" se había convertido en el sustituto de mi código moral.

El mundo va a la deriva constaté, sencillamente porque todo el mundo hace como todo el mundo. Así como yo había escogido alcanzar mi propia grandeza, como objetivo de mi vida; del mismo modo, el mundo en el que vivía daba vueltas y era empujado a derecha o izquierda, según el capricho de la moda, de las distintas corrientes de pensamiento y de ideologías contradictorias.

Toleramos vivir en un mundo incoherente porque de antemano hemos aceptado la incoherencia de nuestra propia vida. Para cambiar el mundo

hay que comenzar por cambiarse uno mismo.

Se me impuso esta verdad. Tenía que hacer una profunda limpieza de mi vida. Tuve que reconocer, arriesgando perder el diploma, haber hecho trampa en los exámenes; devolver una suma de dinero, que no era mío y que me había guardado; y excusarme por algunas de mis faltas que habían herido a mis compañeros....

Sólo unos meses más tarde tuve conciencia de que estos pequeños detalles de mi vida privada eran muy importantes.

Estamos en el verano de 1947, al final de la segunda guerra mundial y participo en un encuentro internacional. Hay alemanes presentes. Como guardaba un recuerdo suficientemente negativo de la manera como la Gestapo había tratado a mi familia tres años antes, busco la manera de evitarlos.

Al acercarme a la mesa para servirme una taza de café, un hombre de mi edad me ofrece azúcar y luego se presenta. Es alemán. Esforzándose por ser cortés, yo también lo soy y añado que vivo en París.

“Conozco Paris, estuve allí en junio de 1940”, me dice. Esta precisión me irrita, pues persiste en mí la humillación que fue para Francia el desfile de las tropas alemanas victoriosas por los Campos Elíseos. Le pregunto de dónde es. “De Fribourg-en-Brisgau”, me contesta. Este es el momento de mi revancha: “Conozco Fribourg-en-Brisgau, estuve allí en 1945”, dejé caer en el mismo tono que él. Y después de esta contienda empatada uno a uno, me retiro dignamente sin una palabra más.

Por la noche, en medio del silencio, ya no me sentía tan orgulloso de mí mismo. “Si vas a vivir así en el futuro, pensé, vas a contribuir a perpetuar el ciclo de las guerras. Eres tú el que tiene que romper ese círculo”. Mi frustración a causa de la derrota francesa en 1940 había sido, he de reconocerlo, en parte lavada por la victoria de los aliados en 1945. La frustración de la derrota alemana estaría aún fresca en mi interlocutor de aquella tarde.

Fue así como al día siguiente, lo busqué. Tampoco él se sentía feliz por su actuación. Al pedirnos disculpas,

nos encontramos como dos hermanos, los dos habíamos sido subtenientes de artillería, ambos habíamos utilizado los mismos cañones calibre 105, pero llevando uniformes diferentes.

La unidad europea entró ese día a ser parte de mi vida. La providencia quiso que me encontrara algún tiempo después, al lado de Robert Schuman, como su subalterno, durante la creación de las primeras instituciones europeas. Yo ya había sido preparado para ello.

Querido lector, ya hemos dado algunos pasos juntos a lo largo de estas páginas. Hemos avanzado reconociendo cada uno su propio camino y, aún sin tu permiso, quiero tratarte de "tú", como se hace entre amigos.

Estarás preguntándote: ¿Cómo es que el pequeño estudiante, que pone un poco de orden y limpieza dentro de él, entra en esta dimensión internacional de relaciones entre naciones?

En efecto, esto no se puede explicar de una manera racional y cada cuál tendría que tener su propia experiencia para poder constatar lo siguiente: "La rectitud de una vida, despierta naturalmente la

rectitud latente en los demás, quienes a su vez toman conciencia de su propia incongruencia". Un buen caminante hala a lo largo de un sendero de montaña, a quienes ya estaban pensando en darse por vencidos.

Naturalmente la conversión que se operó en mí estaba inscrita en la herencia católica que había recibido de mi familia, pero que yo tenía un poco abandonada. El primer compañero que sentí caminar a mi lado fue un camarada protestante.

El camino de la verdad con el que me había comprometido no era un camino religioso propiamente dicho, sino humano, por donde puede progresar todo ser humano que busque la verdad. En mi caso, tuve que avanzar en mi camino un poco más antes de descubrir el valor de mi propio patrimonio religioso, que ahora me sostiene en mi caminar.

Al participar, inmediatamente después de la guerra, en los encuentros organizados en Suiza por el pastor americano Frank Buchman, descubrí que muchas personas, que no tenían la misma herencia mía, caminaban a mi lado por la ruta. Aunque, por los

prejuicios que tenía por mi educación, debería haber huído cuanto antes de toda iniciativa que viniera de un pastor protestante, yo sólo encontré a su alrededor personas que humildemente intentaban ayudarse unas a otras, para avanzar por este camino de verdad. Ningún proselitismo confesional, solamente una poderosísima presencia de esta verdad a la que cada uno tiene acceso en el silencio de su conciencia, iluminada por la herencia religiosa y espiritual —o agnóstica inclusive— a su disposición.

Es esto lo que explica mi encuentro con aquel joven oficial alemán. Puestos cara a cara, sólo podíamos herirnos. Pero al caminar juntos en busca de la verdad, solo podíamos encontrarnos uno al lado del otro.

Yo no tenía ni la más mínima idea del itinerario que iba a recorrer por la pista que seguía. Había adquirido la confianza de que la luz me sería dada en cada etapa. Era necesario aceptar seguir esa luz, aferrándome a mi fe.

Así fue, como al final de mis estudios de ingeniería, impulsado por lo que

16 estaba de moda entre los jóvenes, yo ya había hecho contacto con la dirección de un banco muy importante, que quería contratarme; estaban interesados en disponer de algunos empleados competentes en materias técnicas para colocarlos en las empresas de las que era dueño el banco. Esta oferta respondía perfectamente a las ambiciones que me habían animado y este punto me seducía. Una cirugía leve me obligó a estar unos 15 días hospitalizado. La decisión más importante de mi vida fue tal vez la que tomé en aquella cama de hospital. Vi claramente que, si aceptaba aquel ofrecimiento, hundiría definitivamente mi vida en lo profundo del pozo de la ambición. Había llegado el momento de salir de allí. Tenía que renunciar a un futuro que parecía tan prometedor. Pero ¿para tener qué? La libertad de obedecer mi propio llamado. Decidí rechazarlo.

De repente, mi vida apareció frente a mí como una página totalmente virgen. Alguien, que no era banquero sino un ser que me amaba parecía estar frente a mí, dándome una hoja en blanco y

diciéndome: "Confía en mí, firma este contrato en blanco y te daré lo mejor." Me arrodillé y mentalmente firmé el contrato. Este contrato era mi vida entera.

17

Entonces me sentí iluminado por la idea de que al ser yo ingeniero, estaba llamado tal vez a dirigir a otros hombres pero que no tenía ni la menor idea de lo que era la vida de un obrero. Entonces decidí contratarme como simple obrero en una compañía.

Cuando fui al banco a decirles que declinaba su oferta, me preguntaron qué iba a hacer. Y cuando se los dije, creyeron que me había dado un fuerte golpe en la cabeza y pensaron: "¡Ya se recobrará!" Me propusieron entrar a trabajar en una empresa que estaba dentro de la órbita del banco, pero felizmente no me aceptaron. Efectivamente, me esperaba una apasionante aventura en otra empresa donde finalmente encontré trabajo y de esta aventura recibí el regalo de la obediencia.

Fue con un grupo de asalariados de esta empresa que participé en 1949, por segunda vez, en un encuentro organizado por Frank Buchman. Quien

18 asistió ya no era el joven preocupado por sus problemas, sino un hombre comprometido, que había hecho una elección de vida y estaba decidido a cumplirla.

Estos encuentros tenían lugar en Caux, al borde del lago Lemán. En el centro del Rearme Moral - Iniciativas de Cambio- organizado por un puñado de suizos para hacer posible que Frank Buchman reuniera allí a los representantes de una Europa, que acababa de salir de la segunda guerra mundial. Desde ese momento Caux ha ocupado un alto lugar, mundialmente respetado, en la reconciliación entre personas, entre pueblos. La experiencia me mostraba cómo el cambio individual podía desembocar en el terreno de lo político.

El camino de mi vida me ha llevado muchísimas veces a Caux, sobretodo a partir del momento en que decidí romper en 1950 los puentes de mi vida profesional como ingeniero, para poder tener la disponibilidad de ir a cualquier lugar del mundo, en donde una situación de crisis hubiera preparado a la gente

para cuestionar su estilo de vida. Así fue como me encontré en medio de numerosas situaciones de conflicto. De vez en cuando, sentí inmensa alegría al constatar que la rectitud es contagiosa y al ver la reconciliación entre enemigos de ayer. También he conocido fracasos, por fallas mías, según algunos. Hay que aceptar que, cuando uno camina, puede caerse y hay que saberse levantar.

Un apasionado nacionalista musulmán, que luchaba contra la opresión que Francia ejercía sobre su país, había venido a participar en uno de estos encuentros de Caux. El y yo teníamos exactamente la misma edad. El ambiente de rectitud y de verdad del lugar le impactó. El también se sintió interpelado en su conciencia musulmana. Un día tuvo la necesidad de expresarse públicamente:

“La última carta que recibí de mi madre termina con estas palabras: ‘Ruego a Dios que te proteja y que maldiga a los franceses que nos han hecho tanto mal’. Anoche –continuó– le respondí: “Tienes razón en rogar a Dios por mí, lo necesito. Pero ruega también a Dios

por los franceses, porque he encontrado aquí algunos que me han devuelto la esperanza." En ese momento, dió el primer paso, en ese nuevo camino, donde nos encontraríamos a menudo. Jamás podré olvidar el saludo con que me recibió su vieja madre, una simple esposa de pescador, la primera vez que me acogió en su casa. No olvidemos que yo era la encarnación del francés que ella había maldecido antes. "Que aquél que viene en nombre de la amistad de mi hijo —me dijo—, sea bienvenido a esta casa. Que Dios le proteja." Así pues, ella también caminaba por el mismo camino que su hijo, quién entretanto tenía un cargo ministerial en su país, que se había independizado de Francia.

Un día, atravesaba en avión el Mediterráneo para encontrarme con él. En el asiento, a mi izquierda, había un hombre tan reservado que no me fue posible iniciar una conversación. La rectitud de su mirada me impactó. Era claro que era musulmán. Hacia el mediodía, la azafata puso delante de cada uno de nosotros la bandeja del almuerzo. En el plato, una tajada

de jamón y un ala de pollo. Le dije a la azafata: "Creo que mi vecino le agradecería si usted le ofrece algo distinto de jamón". Mi vecino protestó diciendo que todo estaba bien, pero ella se sintió obligada a preguntarle. El aceptó. El plato desapareció y la azafata regresó con dos alas de pollo. En la tarjeta que ponen a disposición de los viajeros para escribir sus comentarios, me dirigí al presidente de la compañía, sorprendido de que, en un viaje con destino a un país musulmán, este detalle no hubiese sido previsto.

A mi llegada, voy a grandes zancadas hasta el control de aduanas. Oigo que alguien corre detrás para alcanzarme. Es mi vecino que quiere agradecer mi intervención y me entrega su tarjeta personal mientras me dice en voz baja: "Soy el secretario privado del presidente de la república."

Algunos años más tarde, me invitó este mismo presidente a cenar. Estaba interesado por la salud de Frank Buchman, ya muy entrado en años. Me pidió trasmitirle sus buenos deseos.

De regreso a Caux, me apuro en

cumplir mi misión frente a Buchman, quien parece no tener mayor interés en mi importante mensaje. Al día siguiente, Buchman oye que he tomado la palabra en el grupo donde él también estaba y me dice: "Desde que viniste a verme ayer tarde, he estado tratando de recordar lo que me dijiste, porque sólo me quedó clara una cosa: Miguel está lleno de sí mismo." Buchman tenía razón. Yo ya había caído de nuevo en mis viejas costumbres. Y resultó que estas palabras fueron las últimas que me dirigió. ¡De alguna manera fueron su despedida! Murió tres semanas después de haber salido de Caux.

La franqueza era lo que siempre le había dado sabor a esta camaradería con Buchman. Camaradería puede ser una palabra un poco chocante cuando uno habla de un un hombre que es cincuenta años mayor que uno, porque camarada es aquél con quien uno hace bromas, se ríe y se divierte. Buchman hacía todo eso, pero además me enseñó que un camarada es también quien tiene el valor de corregirlo a uno y de quien uno se deja corregir. Camino de Verdad

significa también de camino corrección fraterna.

“Miguel eres un activista, aprende a no hacer nada.” Esta frase, que Buchman me dijo un día, hubiera podido acabar con mi iniciativa. Aunque lo original de este movimiento mundial, que conforman las miles de personas que se consideran miembros del Rearme Moral - Iniciativas de Cambio-, es precisamente esta libertad de iniciativa. No hay ningún comité encargado de transmitir órdenes o de enviarte a una misión, como en tantas otras organizaciones. Cada uno es libre, en conciencia, de llevar a cabo aquello que le parece ser el llamado del momento o de ir apoyar la iniciativa de otro, si se siente la necesidad.

Cuando los croatas organizaron en la mezquita de Zagreb un encuentro, buscando estimular el diálogo entre las comunidades musulmana y católica, dos libaneses, pertenecientes cada uno a una de estas comunidades en Beirut, vinieron para apoyar la iniciativa común del Muftí y del Obispo. Hay que apoyarse mutuamente, cuando se marcha por el mismo camino.

Sin embargo, para que estas iniciativas no constituyan un conjunto desordenado, es muy importante que un impaciente como yo aprenda a no hacer nada. Saber esperar, esperar a que un corazón se abra a la voz que habla en el silencio, esperar el buen momento, esperar la certeza interior para no dejarse arrastrar por el activismo. Cediendo ante un impulso, muy a menudo, he perdido mi tiempo con iniciativas sin futuro. Hay que dejar subir la presión interior para poderse embarcar en grandes cosas.

El compañero que camina a tu lado podrá sentir mejor que tú si tu iniciativa tiene futuro o si es un capricho que hay que dejar de lado. Consúltalo entonces.

Querido lector o lectora, me vuelvo hacia tí para asegurarme de que todavía me sigues. No se trata de que te conviertas en un alumno que atiende la clase de su maestro, me cuido mucho de ser uno. Porque el camino que escojas, será el de tu propia iniciativa; tu libertad será aquéllo que hayas conquistado en tí mismo/a, sobre la opinión de tu entorno, sobre los hábitos y las malas costumbres en cuyas orillas te habías instalado.

La llave de la libertad es el cambio, cambio que te libera de todo aquello que te retiene prisionero.

EN NUESTRAS MANOS

25

Las páginas precedentes han evocado esencialmente el impacto que causó en mi vida el mirarla a la luz de la Verdad.

Tal vez podríamos intentar echar esa misma mirada sobre la situación del mundo, desembarazándonos de todos los conceptos ideológicos de los que generalmente derivamos nuestros criterios de referencia.

En este inicio del siglo XXI, estamos plenamente conscientes de las aberraciones sociales a las que nos condujeron las ideologías nacional-socialista y comunista; su fracaso humano es demasiado evidente. ¿Pero, estamos conscientes de las que dominan nuestro juicio? Cuando miramos al mundo, ¿cuáles son nuestros puntos de referencia? No son, estrictamente hablando, criterios morales los que se aplican. Son más bien conceptos nacidos de nuestra cultura. Cito al azar algunas palabras que con frecuencia

utilizamos en este tipo de análisis: subdesarrollo, independencia nacional, democracia, estado de derecho, liberalismo económico, etc.

Estas palabras a menudo enmascaran la realidad: un país es juzgado "democrático", si tiene un gobierno controlado por un parlamento que ha sido elegido democráticamente. Pero, preferimos cerrar los ojos por miedo a que se nos acuse de inmiscuirnos, si el jefe de estado ha manipulado la constitución o ha hecho trampa en las elecciones para mantenerse en el poder.

Decía al principio que había en mí un rechazo a mirarme a la cara porque estaba demasiado encantado con el personaje que me esforzaba en representar. ¿No estaremos siendo a menudo colectivamente culpables de mirar al mundo con las referencias que describen un mundo ideal con el que soñamos, en vez de mirar de frente el mundo real en que vivimos?

Cito, de nuevo en desorden, otra serie de conceptos: injusticias, corrupción, dominio del más fuerte, engaño electoral, degradación de costumbres,

miseria, violencia, marginalización... Estas palabras presentan otro registro de imágenes a nuestro espíritu. ¿Y no es éste más parecido al mundo real en el que nosotros sí podemos influir?

27

El modo de vida del que disfruta una pequeña parte de la humanidad, aislada en su islote de prosperidad, hoy en día está puesto en tela de juicio por quienes no tienen acceso a esta riqueza. Los medios de comunicación que de vez en cuando hacen entrar en nuestra sala la miseria de los pueblos pobres, muestran a la vez la opulencia insolente de nuestra existencia.

La inscripción de la miniatura persa, que cuelga al lado del teclado de mi ordenador, dice: "Dale al pobre una copa llena de justicia y humanidad, antes de que él te obligue a dársela por la fuerza y la rebelión." Sabiduría antigua de un poeta persa.

Toda rebelión es el fruto de una frustración. El violento es con mucha frecuencia señalado como único culpable. Pero ¿no es igualmente culpable quien crea el objeto de la frustración?

Entonces, ¿qué parte nos corresponde

en el desorden, en la anarquía y en el
desequilibrio de nuestro mundo? ¡Que
cada uno se lo pregunte, saque sus
propias conclusiones y actúe!

28

Siguiendo los pasos de Frank
Buchman, mujeres y hombres de toda
condición, de todos los países, de todo
credo, se levantan para asumir las
responsabilidades que la Providencia
y las circunstancias han puesto a su
alcance. No hay nadie allí que les
diga lo que tienen que hacer, sólo los
guía su conciencia. Este espíritu de
responsabilidad desinteresado presente
en medio de tantas personas diferentes,
se revela como un factor de convergencia
de sus iniciativas, la experiencia lo
demuestra. Es así como vemos germinar
una auténtica conciencia mundial.
Cada uno, al deshacerse de todos sus
a-priori en los que su propia cultura lo
ha encerrado, puede hacer parte de
una cadena que va dando la vuelta al
mundo.

Para estas personas, el verse tal
y como son, el acoger la riqueza del
cambio interior, el descubrir que otros
también comparten una experiencia

semejante, es su sencillo itinerario. En él no hay barreras ni de credo ni de cultura.

Frente a un mundo que da vueltas sin saber a dónde va, estas personas tienen una clara intuición de un camino para proponer a sus semejantes: un cambio del mundo, basado y anclado en la persona misma, que terminará por desembocar necesariamente en una auténtica reforma social. Cuántas reformas, propuestas con la esperanza de modificar el comportamiento, han resultado vanas, porque es el cambio de las personas el que engendra las reformas y no al contrario. Con su propio cambio, cada uno puede contribuir a cambiar el mundo.

En numerosos países, existen hoy corrientes muy fuertes que van hacia esta universalidad, basada en la persona. El desarrollo del diálogo entre religiones es un signo alentador. Una economía, basada en la persona y en la ayuda mutua está empezando a ser propuesta para nuestra reflexión. Organizaciones a escala mundial nacen para atacar algunas de las plagas de este mundo

30 real: corrupción, conflictos étnicos, explotación de menores, etc. ¡Bravo! En muchísimos países, los militantes que se sienten parte del Rearme Moral-Iniciativas de Cambio se asocian con estos nuevos aliados. Les aportan sus reflexiones acerca de los cambios necesarios en el comportamiento humano. A veces, han prestado un gran servicio al ofrecer una dimensión internacional a situaciones percibidas desde un ángulo demasiado local.

Por ejemplo, en Taiwán un pequeño grupo puso en marcha la operación "elecciones limpias" que tuvo una cierta repercusión nacional. Su éxito produjo iniciativas análogas en otros países, concretamente en Brasil, donde los taiwaneses aportaron el fruto de su experiencia.

Después de la caída del muro de Berlín, Caux vio llegar a sus encuentros una variedad extraordinaria de gente proveniente de los antiguos países comunistas, buscando el espíritu que les permitiera reconstruir sus países. Algunos conformaron pequeños núcleos dinámicos. Hoy, polacos, checos,

moldavos, rusos, lituanos, ucranianos, belorrusos, búlgaros -no podría mencionarlos a todos- aportan a esta red mundial su dinamismo y su entusiasmo. Han encontrado en el mundo occidental, del que fueron cortados por tanto tiempo, muchos voluntarios que van para apoyarlos en su experiencia.

31

Cuando el editor inglés William Porter lanzó su Foro Internacional de la Comunicación, con el fin de invitar precisamente al mundo de los medios masivos a echar una mirada lúcida sobre sus responsabilidades, la ciudad de Novosibirsk, lo invitó a hacer una manifestación mundial en medio de Siberia occidental.

Los aborígenes australianos, los "pueblos de origen" de las naciones americanas, las minorías de numerosos países, se reúnen en Caux para desentrañar el aporte específico, que por herencia secular, cada grupo tiene para ofrecer no sólo a sus países sino al mundo. Un jefe indio canadiense, engalanado con sus plumas tradicionales —que la imaginación contemporánea relega a los libros para niños y a las

películas del Lejano Oeste- tuvo sin embargo mucho que decir a nuestro mundo moderno cuando habló desde el estrado de Caux, precedido por el Dalai Lama, otra figura símbolo de una minoría oprimida.

Desde hace ya varios años el programa llamado "Agenda para la Reconciliación" reúne en Caux personas provenientes de lugares de conflicto. En muchos lugares, también otras organizaciones promueven encuentros para preparar tales reconciliaciones. Quizás lo original de la "Agenda" es hacer posible el reencuentro de gente que viene de distintos teatros de tensión, a fin de permitir la mutua fecundación de los espíritus que se enfrentan a un problema similar. Para levantar las barreras que se atraviesan en el camino de la reconciliación, hay que atreverse a echar una nueva mirada con los ojos de la persona que viene del campo contrario -no solamente con los propios.

Cuando esta actitud se hizo evidente en la intención de una mujer israelita, un palestino se levantó espontáneamente en medio de la sala para abrazarla.

“Muy conmovedor, dirá el escéptico, pero ¿después, qué?” Entre el auditorio estaba una africana proveniente de la atormentada región de los grandes lagos, una mujer que ha visto a los suyos padecer toda clase de masacres, empezó de repente a descubrir los errores de los que los suyos eran culpables.

Hace más de treinta y cinco años en el sur del Tirol, las comunidades de lengua -alemana e italiana— estaban enfrentadas la una a la otra. La policía italiana perseguía el terrorismo ejercido por la minoría alemana y cuidaba de los intereses de la mayoría italiana. Representantes de ambas comunidades se encontraron en Caux en 1968. Rajmohan Gandhi, cuyo abuelo fue el apóstol de la no-violencia, se reunió con ellos y les dijo -y aquí resumo: “¿Cómo podemos nosotros, que tenemos en India una multitud de lenguas y de religiones diferentes, guardar la esperanza de vivir en paz, si ustedes que son cristianos católicos no pueden resolver su enfrentamiento lingüístico?” Este comentario causó conmoción. Estos hombres diseñaron una solución

y se la propusieron al gobierno italiano. Esta región mantiene hoy en día el modelo original que ha funcionado muy bien, desde hace más de treinta años. Lo anterior me fue confirmado hace poco en la oficina del alcalde de Bolzano, de lengua materna italiana, donde estuve acompañado por un diputado del parlamento local, germanófono.

No quiero, en el marco de esta pequeña obra, hacer recuentos ni enumeraciones de las múltiples experiencias que mostrarían el aporte positivo hecho por estos “apóstoles de la reconciliación”, como los llama Robert Schuman, padre de Europa, en la historia del siglo XX:

- Reconciliación entre Francia y Alemania,
- Reanudación de las relaciones de Japón con sus países vecinos, víctimas de su imperialismo,
- Tensiones sociales aplacadas entre sindicatos, patrones y obreros,
- Ayuda a la descolonización de África, etc.

Una enumeración de este estilo sería

aburrida. Y hay muchas obras que se han consagrado a estos temas.¹

La lista sería larga; pero sobretodo, temería desanimarte, querido lector, porque lo que de hecho es un paso muy sencillo en la renovación de uno mismo, me arriesgaría a que te pueda parecer algo aparatoso y difícil, donde tú no te sientas en tu lugar.

Reconozcamos que los grandes problemas del planeta están presentes en nuestra cotidianidad. A todos nos preocupa la globalización, que ha sido más o menos bien aceptada, la de los deportes mejor que la de la economía.

De la globalización de la información se desprende la de la responsabilidad; la responsabilidad de cada uno, ejercida dentro de su libertad soberana.

La noción fundamental de lo que es el bien común se nos impone en cada detalle de nuestra cotidianidad doméstica. Bien común en la vida de la pareja, en la de la familia, bien común que aparece como árbitro natural de los egoísmos de las personas, dependientes unas de otras. En la familia, cuando lo olvidamos y cada uno hace lo que le viene en gana;

ya sabemos, por experiencia, que la vida en común se convierte en un infierno.

36

Ahora bien, la globalización creciente necesita una conciencia de bien común que se desarrolle a nivel del planeta. El ozono, el aire, el agua, son los dominios donde se están manifestando los primeros signos de esta conciencia. Pero es fundamental que ésta se extienda a muchos otros sectores si deseamos que los egoísmos regionales sean superados.

Cada uno de nosotros está llamado a sentirse responsable de este mundo y a responder con su comportamiento cotidiano dentro de esta perspectiva. Consumir podrá parecerte algo deseable si piensas en tu país, o escandaloso si integras en tu reflexión la miseria de aquellos que nada tienen. Este tipo de elección se te impone en todo momento. Eres tú quien decide abrir o no, cuando la corrupción toca a tu puerta. Eres tú, quien es árbitro entre la solidaridad y el egoísmo.

Esta globalización de responsabilidades individuales ha hecho converger en un esfuerzo común, a todos los hombres y

mujeres que a lo largo del siglo pasado se agruparon en este movimiento del Rearme Moral. Hoy en la alborada del siglo XXI, el lema que los convoca es: Iniciativas de Cambio, palabras que describen bien el por qué se reúnen. Para sobreponerte a tu propio egoísmo, necesitas tomar conciencia de la necesidad de cambio, para luego emprender las iniciativas que van a materializar este cambio en tu vida.

Mientras escribo, mi pensamiento va obviamente hacia las personas que he conocido y que ya lo han hecho. Algunas, tienen posiciones eminentes y yo entro en palacios para encontrarme con ellos; otras, tienen una inmensa sonrisa de bienvenida por toda riqueza. Pienso en ese joven chófer de taxi de Río de Janeiro; me llevó a su casa, en el corazón de una favela donde se hacina una parte de la población. Dejamos el taxi en una calle, para adentrarnos por un dédalo de senderos hasta el seno del barrio. Llegamos a su casa, hecha de ladrillo por él mismo: cuatro metros por cuatro, medio metro entre su ventana y el muro de su vecino. Me recibe su bella

esposa. El bebé que ha dado a luz hace algunos meses duerme sobre el único sofá. Unos ladrillos que sobresalen del muro interior forman una especie de escalera que permite llegar a un hueco en el techo que da acceso a una terraza. "Así, me dice, mi hija no tendrá necesidad de salir a jugar en la calle."

Tomamos una copa juntos. El pertenece a un sindicato de choferes de taxi que se han reunido alrededor de unos objetivos simples: limpieza y buen estado del vehículo, respeto de las tarifas, puntualidad, servicio al cliente, nada de alcohol, ayuda mutua para la reparación de vehículos y radio común. Me explica el por qué de sus objetivos: "Los choferes de Río habían creado en el pasado, una imagen deplorable de Brasil. Al fin de cuentas, el chófer de taxi es el primer brasilero que el turista encuentra a su llegada. Hemos comprendido que somos nosotros, para quien acaba de llegar, los primeros embajadores de un Brasil limpio."

Para participar en esta globalización, el único requisito es el "cambio". De él se desprenden en seguida las "iniciativas".

Para finalizar, quiero evocar la personalidad de Moisés y no por habernos dado las diez leyes que sirven de referencia a las religiones judía, cristiana y musulmana.

39

Moisés es un hombre sencillo, escogido por Dios. Con sencillez condujo a su pueblo, y a través de su pueblo al mundo en el que hoy vivimos, hacia una tierra prometida, con la cual cada uno de nosotros sueña.

Voy a citar del libro del Éxodo, pero el lector judío o musulmán encontrará referencias similares en sus propios libros. El Éxodo dice (capítulo 23) cuando Dios le habla a Moisés: "Voy a enviar un ángel delante de tí para que te proteja en el camino y te lleve hasta el lugar que te he preparado. Respeta su presencia, escucha su voz. No te le resistas, pues no perdonará tu rebeldía."

Para cada uno de nosotros, no se tratará de un ángel con alas en la espalda, sino más bien será una voz que nos susurra en nuestro silencio.

A cada uno de nosotros, seamos judíos, cristianos o musulmanes, Dios nos ha confiado la responsabilidad

de este mundo. Si la aceptamos con humildad, sabremos reconocer en nuestro silencio esta voz que puede guiarnos. Así podremos asumir la parte que Dios nos invita a tomar en la renovación del mundo.

Acaso, ¿no es cada uno de nosotros, al igual que Moisés, una persona sencilla..., escogida por Dios...? Y...¿por qué, no?

Escogido por el destino, yo haré para tí lector agnóstico, una reescritura.

AL LECTOR AGNÓSTICO

Para tí escribo esta última página. Piensas quizás que un abismo nos separa porque confieso mi fe cristiana. No te lo reprocho, pues yo también lo pensé así en otro tiempo a causa de mi arrogancia.

41

Cuando tenía 24 años, como joven católico que era, educado en instituciones religiosas, acepté por varios meses la hospitalidad de una familia judía agnóstica. El patriarca de esta familia tenía casi cincuenta años más que yo. Era un hombre a quien lo había motivado durante toda su vida, un celo extraordinario por la justicia social. Había contribuido a crear la primera Liga Internacional contra el Desempleo, de donde salió en 1919 La Oficina Internacional del Trabajo, organización que tanto ha contribuido a mejorar la condición obrera.

Compartimos enormemente. Fue él quien me ayudó a ver la superficialidad de mi fe. Por su contacto, tomé conciencia de que el apego a mi religión era apego a las prácticas religiosas, a

las que yo me aferraba porque hacían parte de mi identidad y me daban cierta respetabilidad ante mí mismo y ante mi entorno.

Este hombre mayor estaba motivado por el proyecto de vida que había adoptado siendo aún muy joven; por él, había sacrificado la vida fácil que su fortuna le hubiera permitido tener, y todavía lo impulsaba en su vejez a trasmitirme la llama que lo animaba. Frente a él, tomé conciencia de la inmensidad de mi pobreza.

Esto me llevó a mirar con nuevos ojos el contenido de mi fe. Ella debería haberme dado un proyecto de vida, pero yo había hecho de ella un adorno y hasta un disfraz de hipócrita.

No te sorprenderá, entonces, que mi fe al convertirse en el motor de mi vida, me haya ayudado a encontrar mi proyecto de vida. Tomé conciencia de que Dios me había puesto en la tierra para irradiar paz y justicia entre los hombres. Era necesario poner mi vida entre sus manos y responder a su llamado. Él contaba conmigo y yo he encontrado en Él, un guía fiel.

Cuando me siento desalentado, es en la oración con mis hermanos y hermanas, según las costumbres de mi fe, donde yo recupero la energía para seguir siéndole fiel a mi proyecto.

43

Para tí, todo puede parecer diferente, pero en realidad todo es igual.

Creo que cada persona puede encontrar dentro de sí misma esta fuerza interior que necesita en los momentos difíciles. Es en esta fuente, presente en tí, a la que tienes que recurrir.

Creo que toda persona tiene, en el fondo de sí misma, un llamado al que puede responder y por el cual vale la pena comprometerse para toda la vida. Cuando hace un momento hablaba de tu destino, era a este llamado al que yo hacía alusión.

A tí de responder.

Tu compañero de Camino

INDICE

Al lector desconocido	pág. 3
Cambio de rumbo	pág. 6
En nuestras manos	pág. 25
Al lector agnóstico	pág. 41